



Leite López, José Sergio, *El Vapor del Diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*, Buenos Aires, Antropofagia. Colección de Estudios de Antropología del Trabajo, 2011 (320 págs.), ISBN 978-987-1238-84-2

“La exterioridad de todos esos fierros con relación a los obreros se presenta como un proceso de producción continuo (...) Verdadera sangre que recorre todo el cuerpo de la sección de fabricación (...) el caldo de caña es tratado con tal perfección tecnológica que hace de la usina un lugar de producción ininterrumpida, escondiendo con exuberancia e independientemente de ella la verdadera sangre que es extraída durante todo el proceso de fabricación: la de la fuerza de trabajo.” (Leite López, 2011)

La obra “El Vapor del Diablo”, escrita y publicada en el año 1976 por el antropólogo brasileño José Sergio Leite López -y reeditada y traducida al castellano en el año 2011 para la Colección de Estudios de Antropología del Trabajo-, se constituye en una referencia ineludible y de gran actualidad para todos aquellos que abordan las problemáticas del trabajo y de los trabajadores.

El *Vapor del Diablo* nos sumerge en las sufridas e invisibilizadas condiciones de vida y de trabajo de los obreros del azúcar en Pernambuco, Brasil, durante la década de 1970. En una región eminentemente rural como lo es la Zona de Mata de Pernambuco, donde la mayor parte de la población se dedica a tareas agrícolas ligadas a la caña de azúcar, el autor centra su investigación en los trabajadores industriales que, detrás del vapor y la gran maquinaria de las usinas, producen y reproducen su vida al ritmo de la gran industria y regidos por los ciclos agrícolas de molienda e interzafra. El carácter agrícola de la usina constituye a estos trabajadores en una clase obrera *extraña*, que requiere categorías de análisis propias. Así, desafiando los límites de la academia, Leite López no sólo propone un enfoque antropológico sobre la praxis de los trabajadores industriales -grupo cuya presencia en la disciplina era relegada- sino que también expresa la necesidad de examinar en toda su dimensión la inserción concreta de la relación entre capital y trabajo por fuera del ámbito urbano tradicional.

Las fluctuaciones estacionales de la producción concentran en la usina trabajadores de diverso tipo -obreros de la sección de fabricación, obreros a cargo de los transportes, obreros de los talleres de mantenimiento de máquinas, obreros estacionales y temporarios- con condiciones de trabajo y jerarquías diferentes, vinculadas a los vaivenes del ritmo productivo, que marchan de la producción a todo vapor a la suspensión de la fabricación para el mantenimiento y reparación de las máquinas. Fruto de un riguroso trabajo de campo, el autor logra componer la heterogénea realidad de los trabajadores, indagando en sus modos de pensamiento y sus representaciones respecto de sus ocupaciones, sus diferenciaciones internas y sus condiciones de vida y de trabajo. Esta realidad no se constituye, sin embargo, como una literatura descriptiva de la “cultura obrera”, sino que se entreteje con conceptos centrales del pensamiento marxista y gramsciano que el autor retoma, interpreta y sitúa a lo largo de su obra. El diálogo entre la praxis de los trabajadores y las categorías teóricas da como resultado un profundo análisis teórico acerca de las lógicas de las relaciones sociales que hacen que la ideología dominante se perpetúe -pero también se reinterprete- al calor del trabajo a todo vapor.

Este modo de abordaje desafía al autor, y por lo tanto a los lectores, a situar y poner en movimiento algunos conceptos clásicos del marxismo, tales como fetichismo, plusvalía o cooperación. Al analizar las interpretaciones y percepciones de los trabajadores frente a situaciones de explotación, Leite López observa que en lugar de aceptar pasivamente la dominación, los obreros actúan a partir de un conocimiento intuitivo sobre la desigual correlación de fuerzas en las cuales se encuentran con respecto a la administración de la usina. Las extensas jornadas de trabajo que se imponen en la época de molinenda, por ejemplo, se constituyen para los obreros de la sección de fabricación en una posibilidad de aumentar su salario, a pesar del agotamiento físico y mental que provocan las jornadas de 12 horas. Este aparente “fetichismo del salario por hora” no niega la explotación, sino que reconoce la inferioridad de condiciones en las que se encuentran los trabajadores con respecto al mercado de trabajo, en el cual siempre está presente el espectro de la desocupación estacional. Así, a lo largo del libro, se puede vislumbrar el movimiento espiralado que, al complejizar las categorías a partir de la praxis de los sujetos, promueve nuevas preguntas a las problemáticas del trabajo.

El movimiento dialéctico no sólo se expresa entre las categorías teóricas y la praxis de los trabajadores, sino también entre los mecanismos de dominación de la administración de la usina -que se despliegan y refuerzan tanto al interior de la usina como en la esfera doméstica de los obreros- y las interpretaciones y prácticas de los trabajadores sobre dicha dominación. La cultura dominada se valoriza dentro de la relación de dominación en la que se encuentra, pero a su vez reinterpreta creativamente dicha relación, así como las categorías y prácticas que les son impuestas. En *El Vapor* podemos ver cómo los obreros de la sección de fabricación, que tienen como tarea vigilar y controlar las máquinas, pueden resistir las extensas jornadas de trabajo a través del control del propio ritmo laboral, adquirien-

do el arte de demorar la producción. A su vez, los metalúrgicos del azúcar (los obreros de la sección de mantenimiento y reparación de máquinas) adoptan la categoría distintiva de artistas -que la administración de la usina les impone, diferenciándolos por su saber hacer del resto de los obreros- pero ésta misma categoría se vuelve un instrumento que les permite establecer reclamos sobre sus condiciones laborales.

Las negociaciones de sentido que se generan en la relación entre capital y trabajo no acaban con la explotación de la fuerza de trabajo, la cual queda reflejada en cada uno de los capítulos del libro, a partir de las propias condiciones de vida y de trabajo de los obreros -el agotamiento de los trabajadores por las extensas jornadas de trabajo y las precarias condiciones de salubridad se potencian con las exigencias de las tareas extralaborales que deben realizar para poder reproducirse-. Pero dichas negociaciones de sentido contribuyen al desarrollo de una materialidad que carga de experiencia a la propia clase trabajadora. Pese a los constantes intentos de cosificación de la clase obrera por parte de la patronal, Leite López recupera la materialidad que surge de la capacidad reflexiva que existe detrás de la “la verdadera sangre que es extraída durante todo el proceso de fabricación: la de la fuerza de trabajo”.

Los propósitos de Leite López lejos están de buscar o imaginar una “buena conciencia de clase”, sino que su obra nos propone un desafío mucho más arriesgado, el de “entender la unidad heterogénea objetiva en la cual se pueden desarrollar acciones que dan sustancia a una clase”.¹ Lo heterogéneo -que podría leerse como simple fragmentación de clase- revela aquellas condiciones sin las cuales no se podrían comprender las relaciones de fuerza y los mecanismos de construcción hegemónica, tan necesarios para comprender la problemática del trabajo desde y para los propios trabajadores.

Retomar *El Vapor* en el actual contexto de crisis global de producción capitalista sugiere considerar la vigencia del marxismo y la necesidad de volver la mirada sobre los trabajadores asalariados en tanto productores que, al tiempo que generan valor, negocian, resisten, asimilan y reinterpretan los mecanismos de producción hegemónica que se establecen tanto en los espacios de producción como de reproducción del capital.

Karina Ciolli
Universidad de Buenos Aires
kariciolli@gmail.com

¹ Palmeira en Leite López (2011).